

CUERPO DE SOMBRA

MENCION ESPECIAL EN EL II CONCURSO DE RELATO CORTO LA ENCERRONA – 2005
Autor: Juan MONZU PONCE

Un perro, dolorido y cojitranco, que pasaba por allí buscando un rincón donde echarse y morirse, se encogió asustado de miedo cuando el aburrido reloj señaló la hora dejando un aire de lento alboroto en la espesa soledad de la madrugada y en el hueco vacío de la calle. Miró a un lado y a otro con una mirada inútil, perdida, curiosa, inocente, y no consiguió comprender que por la orilla seca del río seco se desvanecían las livianas sombras que susurran juguetonas, y las invisibles manos que alborotan el aire, y los imperceptibles labios calientes que besan al abrigo de un rincón oculto en la arruga apresurada de una esquina, y los asustados ojos de los niños asustados que ríen y que lloran y que no disimulan la asombrada ilusión que les desboca la risa.

El perro cojitranco cerró los ojos mientras la noche dormía soñando con el día como una amante inquieta, y echó a andar de nuevo, aburrido y asustado. Una suave brisa le acarició el lomo herido cuando cruzo la calle olisqueando el suelo sin esperar nada ni de la vida ni de los hombres ni de los perros. Un murmullo suave le silbaba dentro de las orejas y lo desconcertaba, y lo obligaba a volverse y mirar la oscura y solitaria oscuridad, y le hacía sentir un permanente arrumaco en el lomo, a contrapelo. Llegó a la Corredera sin prisas saliendo por la puerta de la Guía, bordeó el Castillo con el sordo rumor de voces que no cesan de las orejas, zumbándole más cercano, y en su olfato repiqueteaban mil ansiados olores detrás de cada esquina. Desde la puerta de San Pedro llegó a la plaza somnolienta y pensativa, sobriamente ataviada, y miró el ayuntamiento viejo con aburrimiento, y en el silencio de la calle de las Monjas sintió un susurro delicado de labios que enmarcan oraciones mientras amasan y sonrían suavemente a la luz del hogar que cuece y fríe. Y un murmullo de historias viejas, historias de siglos que, sujetas a las paredes como lagartos intemporales, se suceden de boca en boca con tal urgencia que hasta los perros parecen poder recordarlas.

“Señor Corregidor, valor mostrasteis al defender que en esta ciudad había costumbre antigua de correr toros por las calles con las puertas cerradas. Y que se hacía con conocimiento y aprobación de los señores preladados, de los canónigos y aún

de los clérigos, que bien gustaban de participar en las dichas fiestas de toros. Más debían haber encerrado a quienes aconsejaron mal al Papa para que los prohibiese como había hecho”

Las piedras hablaban de aquella historia del fantasma que, una noche de San Juan cuando las esquinas parecían temblar de miedo, tomó cuerpo de sombra invisible y corrió el toro como había hecho cuatro siglos atrás. Y las paredes sonreían.

El perro aturdido y solitario huele la calle y huele a toro y a nervios contenidos, huele a incienso y a fritanga, olfatea las puertas, recorre Cuatro Calles rozando el hocico en cada umbral y en cada reja, curioseas el silencio y siente como la gente va y viene, habla y espera, ríe y espera, se limpia el sudor y espera, mientras los goznes de las portonas chirrían una excitación imposible y disimulada.

En medio de la madrugada, se estremece mientras huele la noche y espera sin saber lo que espera intentando no rendirse y echarse definitivamente, y mira con fuerza el parpadeo de mil banderolas de papel que flotan al suave aire y el ronroneo del bullicio que presiente y el clamor de un susto suspendido. Y ve el entramado de burladeros que protegen las puertas, y cree escuchar un sordo transitar gazapón que resuena con un eco de años pasados que no consigue olvidar, y siente un alboroto que le rasca el hocico con nervios de perro joven. Y de repente, su corazón animal se revuelve, se inquieta y siente que le gustaría correr las calles, girar de repente a la izquierda mientras un golpe oscuro le corta el aire en la derecha, acurrucarse en una portación en sombras, correr, rozar el cárdeno pelaje, y sentir en el lomo el ardiente aliento del toro, y oír como los gritos, que le arañan el encogido vientre, se fugan asustados por la puerta de San Pedro y la del Rollo al tiempo que, desde lo más alto del castillo, el dios perruno suelta un capote al aire que le haga un invisible quite que nadie admira ni aclama ni jalea. Y está alterado, temeroso. Quizá solo está asustado, quizá solo insólitamente intranquilo. Pero ¿qué puede saber un perro de esperas y de vísperas? El perro no sabe nada de la impaciencia disimulada de los contenidos corazones, ni del murmullo de labios que besan labios que besan mientras la inquieta espera les cosquillea los labios, ni del inquieto equilibrio, que huele a azahar y a rosas y a mil olores diferentes mezclados, que desde la puerta de la Guía sisea íntimo como un amor juvenil y orgulloso como un sol de primavera ¿Qué saben los perros del tiempo suspendido de un segundo que no llega? El perro no sabe nada de la luna en los corrales, fugitiva y amante del silencio, que cuchichea chismes de

hombres y toros, socarrona y traviesa, ni sabe nada del sol de la mañana, quebrado en las cornisas secándose el sudor ¿Qué saben los perros de portonas y talanqueras? El perro no puede entender el grito que rompe el aire inquieto y sereno de la tarde, cuando taconeas la campana de Santiago ¿Qué pueden saber los perros de jugar a correr el toro, de burlarlos en el suspiro de un segundo mientras su sombra quema en la comisura de los labios? El perro no sabe nada del miedo que no tiene miedo que, como un alcahuete borrachín, vigila desde el fondo de la calle los esquinazos solitarios que se cubrirán de un tropel de sombras que han de venir delante de otra sombra que trota entre asustada y perdida ¿Qué pueden saber los perros de quites y de embroques? Un perro no sabe nada de la tarde, viva – porque huele a vida - en todos los cuerpos que son sudor y calma, en los que burlan con un quiebro límite el escozor carmesí de la sangre, y en todos los que corren y los que miran, cadena de gritos y de exclamaciones, de Padrenuestros y Credos rotos en un ¡ay! que se ahoga en las gargantas y se graba a fuego en la piel ¿Qué pueden saber los perros de carreras sintiendo el ardoroso aliento del toro meciéndose en las pantorrillas? Un perro no sabe nada del miedo que se perfila socarrón y casi sonriendo como un niño travieso sobre las puntas de las astas del toro y que araña las intrépidas almas de los mozos que lo desafían ¿Qué pueden saber los perros del bullicioso rasgueo de las gargantas sofocadas en la sangre fugitiva y sin bridas que salpica invisible el arco iris de las calles, paseillo de fuego, callejones de miedo salpicados de sudor y saliva? ¿Qué pueden saber los perros de cosas de toros?

El perro aburrido y somnoliento, quieto, extraño, con las orejas caídas, abrumado de silencio y con la vida que le tiembla en los doloridos dientes esperará, sin saber lo que espera, la hora en que las moscas se aburren de volar y vuelan cansinas y pegajosas mientras el sol bosteza del cansancio, abrochado a la tarde por las esquinas. El aire, y las calles, y las almas anónimas, se van cargando de espera, de sudor invisible, de hormigas que corren ocultas por los vientres ocultos, de ojos que miran inquietos, de bocas que se secan y se humedecen mientras paladean el aire reseco de la tarde que se acerca, de sensaciones nuevas y viejas, de sonrisas y de ilusiones. El perro aburrido y somnoliento olfatea un viento de apretones y carreras para esquivar las notas de muerte que entonan, como afinadas vihuelas, las astas del toro cortantes como acerados cuchillos ¡Los corrales! Y huele al sudor de los empujones urgentes, los gritos rotos en la garganta, y husmea a toros derrotando en la sombra de su propia sombra, huele a

esquinas encogidas como madres que han perdido a sus hijos, a ventanas entregadas, a rejas generosas que no ceden al miedo, huele a sol caliente y brillante y a viento cálido que seca la saliva del miedo en las comisuras de las bocas que no gritan, y huele a desafío ¡El encierro! Correr más y más cerca que el otro, rozar el lomo del animal, volcar el miedo y el ánimo en la lucha, evitar el asta en el último momento, ganar la puerta. ¡Correr! Y vuelve a resonar en su pensamiento de perro, la historia de la que le hablaban las piedras en las noches de tormenta cuando se resguardaba de la lluvia, aterido de frío y miedo. Dijeron las piedras, con una sonrisa burlona que a él le pareció que se burlaba de él, que la sombra se deslizó por las calientes paredes de las casas que un día, sintió suyas cuando servía al Duque, que palpó su ladrillo casi olvidado, que sintió el hierro de sus rejas grandes y generosas, que escuchó el murmullo inolvidable de los pasos nerviosos, y el ronco susurro de mil risas que se habían quedado sujetas a los gastados blasones que aún brillan opacos coronando puertas y esquinas, y que percibió la risa de aquellos días lejanos cuando se cerraban las portonas y la campana lanzaba al aire su tercera campanada. Y que quiso gritar cuanto pudo para que todos lo oyeran sin saber, porque los fantasmas no saben casi nada de la realidad que coquetea con las sombras, que su voz no era ya voz. Pero aquella sombra habló. Ellas, las piedras, lo escucharon, ellas fueron testigos de aquel hecho, ellas lo vieron y supieron entenderlo.

“Ya suenan las campanas... ciérrense las portonas... ciérrese la puerta del Sol... buscad gentes la calle... ciérrese la de la Guía... asomaos gente a ventanas y balcones... ciérrese la puerta del Rollo... “toquen la tercera campanada”... y la de San Pedro... asegúrense con maromas... salid mozos y mozas y esperad en la calle... “toquen la tercera campanada y que salga el toro”... Corred mozos... corred gente, que el toro está en las calles... que es el dueño y el amo... corred, sentid el batir de sus pezuñas por los callejones... corred, sentid el riesgo... templad los nervios... sentid vuestro corazón galopando... ¡Corred... corred! ¡Que salte el toro las barreras! ¡Reíd... reíd y gritad, por los santos del cielo! ¡Que corra libre el toro... que irrumpa en las calles... que corra... que acometa... que apriete... que salga de las murallas! ¡Corred!... ¡Corred!... ¡Corred!

Al perro el silencio le pareció más grande, más intenso, mientras cree que resuena en sus orejas sucias y viejas, o lo espera, el eco de las campanas de Santiago. Y se asusta y

ladra inconsolable al vacío de la calle que no descansa ni duerme ni se espanta ya de nada. Repiquetea en su cansado pensamiento de perro el parcheo incansable de la baqueta sobre el dolorido tambor al tiempo que un rumor de notas acaricia los gastados perfiles de los balcones; siente como se encogen los pájaros y como se aprietan y se empujan y se excitan y se calman, y le parece que ya se están agrupando los cuerpos, mujeres y hombres, que se apiñan en un caudal de vida como ríos que desembocaran por la puerta de la Guía y la del Rollo y la del Sol y la de San Pedro. Y sueña.

Quizás espera que silbe un silbo de requiebro al aire la campana inquieta que todo lo observa y todo lo calla con un pícaro silencio contenido, quizás espera sin saberlo el instante supremo, quizás espera el momento en el que la tragedia se pierde suspendida en las perchas del miedo, cuando el aire rompe un suspiro rasgado por un cornalón astifino que quiere jugar al toro.

El perro no entiende por qué se sacuden alborotados los pájaros en las ramas de los árboles cuando tamborilea el portón oscuro y retirado que se abre con la lentitud de la espera interminable, ni por qué se agolpan los cuerpos unos contra otros cuando llega la hora, ni por qué se pueblan de gente las calles angostas, ni entiende por qué rezan las monjas mientras queman el azúcar ¿Qué pueden saber los perros de una oración bisbiseando en unos labios que silencian el miedo? ¿Qué pueden saber los perros del silencioso sortilegio que burbujea en el corazón de los encierros?

Pero el perro sabe que sentirá frío el mediodía de Junio, sabe que sentirá un frío que le recorrerá el espinazo con un quemazón extraño de susto y miedo que le arde en la barriga como un puntazo, y sabe que temblará incontrolable y asustado mientras observa, sin conseguir comprender nada, el barullo de piernas que van y vienen y que dejan un barrunto de pasos que no ve y no huele, y el murmullo de ruidos, y el ronroneo de la multitud, las risas que rompen las propias risas de la tarde y el aire que se embriaga de mil instintos recamados en los faldones de las desabrochadas camisas que vuelan coloreadas como un arco iris delante del zaino morlaco. Sabe que el clamor que borbotea en la calle como un guiso caliente, lo asustará y lo espantará. Y que lo expulsará entre risas e indiferencias de aquel hervir de fuerzas y sensaciones que, sin llegar a comprenderlo del todo, le alivia el dolor del espinazo. Todo es nuevo y viejo, todo es diferente y sin embargo, en su recuerdo de perro, se le antoja algo conocido que reverbera en su interior, un recuerdo olvidado porque los perros no tienen recuerdo. Y a lo lejos, por entre el bosque multicolor de piernas inquietas, mientras mira extrañado

el ritual y los saltos y la invasión de rejas y poyetes, le cosquillearán detrás de las orejas la mirada perdida de la muerte burlada que derrota en las sombras, oscuridades que corren, gritos que saltan, colores que vuelan. Y todo aquello lo aturdirá y lo confundirá. Porque los perros no entienden nada de nada. Por no entender, el perro cojitranco y dolorido no entiende lo que las paredes le susurran en sus orejas sucias y viejas, y cansinas y casi sordas, de aquella imagen de piedra que cobró vida de sombra.

Que después de gritar aquello que no escuchó ni el silencio y que oyeran las piedras, se tumbó en el suelo y sus pequeños ojos de mirada estrábica palparon de golpe el amplio ventanal del cielo quieto y sosegado, y deseó que aquel instante fuese eterno

“¡Griten las gargantas ahogadas!... ¡ya sonó la tercera campanada! ¡El toro está en la calle!... Vuelan los caballucos del diablo alocados como si quisieran correr el toro jugando sobre los filos navajeros de los cuernos que sobresalen como lanzas. Y la sangre pálida y carmín de la luna acompaña a las embajadas de muerte que flotan por las esquinas como caireles cenicientos sobre el testuz de cada toro”

Dijeron las piedras que la sombra quedó encogida y en silencio, quieta en el suelo y con los ojos cerrados. Y que de repente, dibujó en su rostro una alargada cara de bobo y comenzó, a sonreír primero, y luego a reír - ***“¡Corre... corre... ya esta el toro en la calle! ¡Corre! ¡Gira! ¡Quiebra! ¡Corre!*** – decía como si repitiera algo que estuviera escuchando en su inanimada alma de fantasma. Y que luego, sin dejar de sonreír, volvió a gritar algo que volvió a no escuchar ni el mismo silencio

“Todos correrán las calles como poseídos de una fuerza infinita, prestos a divertirse, un punto aventureros ante la vida y la muerte, impetuosos ante el fervor que les hierva en las venas, y el afán escociéndoles la piel ¡A correr el toro, que ni el Santo Padre de Roma supo negar estas fiestas a perpetuidad!” – gritó con voz que no sonó demasiado humana, dijeron las piedras, que sonó como un ruido de agua retenida que removiera un aire de invierno desde un fondo extraño y añejo. Parecía que mirase el agonizar de la noche y el leve balbuceo de la mañana que se dibujaba en un fino trazo azul celeste, sin pensar en nada, solo sonriendo. Lo dijeron las piedras que lo habían conocido, las paredes que lo habían visto zascandilear por las calles de esquina en esquina, y corriendo el toro con sus irregulares carreras de pasos dificultosos. Lo dijeron los cantos de las esquinas que cada año ven, y miran, una danza continuada de riesgo y diversión al socaire de las negras embestidas del toro contra lo desconocido,

un baile de instintos y de sensaciones encontradas en un ritmo de sueño y miedo. Un duelo festivo, un mar de instantes entre el galopar excitante de campanas, ruidos, gritos, besos, amores, promesas y apuestas, y el desbocado transitar del impulso caliente por los cuerpos desafiantes, rozados por el peligro que corta el aire condensado en las piedras encogidas por el miedo

El perro estaba muy cansado. Algo lo empujaba a seguir caminando mientras sentía cada vez más cansadas sus patas y sus fuerzas. Pasó de nuevo por el castillo y luego por el Seminario viejo y volvió a pasar por la Guía y por San Pedro y Cuatro Calles. Todo reposaba en un espeso sereno, pero en el ambiente su instinto de perro percibía una fuerza viva, un peregrinar invisible de instintos humanos que él era incapaz de comprender. Y lentamente volvió sobre sus pasos. Miró el descanso de los árboles, el reposo de las casas, el breve espacio de los rincones de las calles que se parten en quebradas esquinas hacia otras calles estrechas y silenciosas. Agachó la cabeza y movió las orejas pensando que sacudía una mosca. Cuando la calle se abrió, se detuvo y descansó porque no tenía más fuerzas.

La noche comenzaba a empolvase la nariz de colores de amanecer y por el testero de la Catedral se dejaba acariciar por un tímido y quebrado rayo de sol, cuando el perro aburrido y cojitranco y moribundo, se echó en el vano de la puerta de Poniente con el regusto en el hocico de mil olores que ya no percibía y el cosquilleo en sus orejas que le dejaba un zumbido picante en la cabeza. Y sin entender nada, cerró los ojos y no pudo evitar sentir de nuevo el murmullo de las piedras que cuchicheaban con voz de comadres que aquel día de San Juan, cuando la mañana se reflejaba en el azul opaco de la noche con un jirón blanquecino, una sonrisa de pícaro rozó el aire cálido y el fantasma echó a correr calle abajo, saltando, mirando atrás como si lo persiguiera el toro, riendo y subiéndose a las rejas, sin parar hasta que llegó, jadeante, a la puerta solitaria y vacía de la Catedral.

El perro seguía sin entender ni a los hombres, ni a los perros, ni a las piedras. Le dolía el alma si es que los perros la tienen, y si no la tienen, también le dolía de cansancio. Algo le decía que la mañana traería aires nuevos para los sofocados cuerpos que correrían la calle, y fuego para la desaforada entrega de quienes se ponen delante del toro, y ganas de vivir y de sentir la vida columpiándose por un segundo imprudente en el precipicio desafiante de las astas del toro. Estaba cansado, quería dormir, quizá

quería soñar si es que los perros saben soñar. Y en medio de aquel sueño sin conciliar le pareció oír un crujido de piedra que lo asustó. Miró arriba, a la balaustrada y le pareció, aunque para no creerlo sacudió la cabeza y las viejas y sucias orejas, que allí faltaba algo, una figura, la del fantasma de quien le hablaron las paredes que un día de San Juan tomó cuerpo de sombra para ir por las calles a correr el toro y saborear un nudo de saliva y miedo en la garganta. El perro cerró los ojos y solo quiso dormir, quizá soñar. Y que los fantasmas tomen cuerpo desde su reposo de piedra, si quieren.

La tarde se sombrea los ojos y se remarca los labios mientras el sol bosteza y se perfuma y se viste de seda negra y se desparrama por los horizontes serenos cuando las calles, revestidas de un arco iris de papel que flota jugueteón colgado de las cornisas y los voladizos, reposan cansinas el burbujeo que han dejado en su piel de piedra y asfalto las carreras y el sudor y los gritos y el trotar del toro y la sangre desbocada por las sienas excitadas. Y la tarde se hace noche. Reposa el bullicio mientras por las calles, a poco que se intente, aun resuenan y repican las carreras del encierro y las risas y los gritos y la voz del miedo. Y un poco más allá, detrás de la esquina de la torre del castillo, al hilo de la vieja muralla de la vieja *Caurium*, la musulmana *Qûrija*, puede oírse a los duendes jugando al toro con la luna, encaramados en las negras sombras de los toros que asustan a los perros que les ladran, y les hormigean los pies cansinos de carreras y brincos. Todo es, ya, recuerdo, sombras, eco que no termina de perderse, ayer de fantasma que no descansa. Y en las gargantas, un reguero seco de sudor y miedo disimulado que ya no espera.

Un perro cojitranco, duerme indiferente y sueña con un toro que le impregna el aliento caliente en el lomo dolorido y no consigue alejarse del miedo aunque no deja de correr.

